

IGNACIO DARNAUDE ROJAS-MARCOS
CABEZA DEL REY DON PEDRO, 9 (2º B)
41004 - SEVILLA

1 Noviembre 1990

Señor Don Juan Goytisolo
33, rue Poissonnière
75002 - Paris

Querido Juan:

Hombre, que de verdad nosepeúaguantá, tío, tu pedazo de artículo en "El País" de hace un sábado. París bien valía tan opulenta misa cantada con sinfónicas palabras, palabras, palabras.... Un esplendoroso festín semántico, tan tenso y brillante que haría palidecer a nuestros más hábiles hacedores de recuadros de prensa, Burgess, García Márquez, Jesús Aguirre, Cabrera Infante. La relampagueante épica de la eterna Ciudad-Luz mitificada va a hacer medio siglo por la influyente marabunta sarriana, que ahora invadida por los nuevos históricos y mogoles del cono norte africano, que están arrasando con histórica ineluctabilidad la urbe ya irreal visualizada con el prisma de Villon, Rabelais o los existencialistas. Nos estaba haciendo falta una crónica que rebautizara al París esfumado del hermoso recuerdo, tras resultar devorado durante décadas por el Londres de horas de alta concentración Dalmer. Te habrá costado un puñado de horas de alta concentración exponer un lenguaje tan hermoso y complejo el redescubrimiento del París transmoderno, la novísima capital de la ex-grandeur de la France, la que acogió a los impresionistas, a la polifacética inmigración de los trabajadores del arte, luego a los vitales desesperacionistas que tanto nos emocionaban en el Café de Flore, metrópolis que ya no es tan nuestra, aquélla de las elites privilegiadas que se deleitaban dejándose mirar en la rive gauche, ahora tomada por hordas de piel tostada que la harán más ingobernable que las 2.000 variedades de quesos a las que se refirió el general De Gaulle, ido también a las catacumbas del olvido. De acuerdo en que ya no contemplamos aquel París que se nos fue, con su esplendor intelectual espejo de la cultura europea, que desembocó en el ambiguo y luminoso Mayo del 68. El problema que tú has atacado, y no sabemos si resoluble, es redefinir al París de los noventa, desdibujado sin Jean Paul ni Simone, todavía la megápolis del poder mental y los paradigmas de la cultura, que ensimismada en las tardoglorias del pasado se ha dejado arrebatar la capitalidad del mundo. ¿Qué nos queda del París que nos hacía retemblar? ¿Lograrán reconstruir su diluida grandeza las atrotribus importadas? ¿Sabrá el Islam echarle la pata a Descartes? Y a lo que iba: nos ha producido un fecundo placer tu pieza maestra de técnica periodística, pergeñada, se nota, con pasión y amor intrapirenaicos que los exilios no han vuelto a wright. Media página perfecta, Juan. Por si no fueras ciudadano del mundo lo mereces ser de París, cuya legión de honor portas si no en la solapa es el corazón. Y que los lectores discriminamos, no comulgamos con tanto gato por liebre, nos maravilla tropezar con una perla en la hojarasca impresa. Nos has regalado unas columnas de calidad sencillamente parisinas. París, ese bello ser colectivo, y nosotros, sus amantes, te lo agradecemos deslumbrados con un abrazo



daba. Había varias cartas reexpedidas desde París —catálogos de exposiciones, impresos, una postal de mi cuñada—, y las arrojé a la papelera sin leerlas. Sólomente retuve un sobre blanco, escrito directamente a Torremolinos.

JUAN GOYTISOLO: "LA ISLA"

SEIX BARRAL, 1961, 771 P. No. "Sevilla, XXI Año Triunfal México"

"Mi horrible Claudia,

"Encontré a Rafael en el Ministerio y me dio tu dirección. Me contó los chanchullos del periódico (lo de la secretaria de R. es de antología) y dijo que probablemente os enviarían a América. Felices vosotros, siempre de viaje.

"Aquí cada día hay más olor a gasoil, más ruido, más guardias de tráfico que lo fiscalizan a uno. Es que estamos avanzando. Antes íbamos cada día al río, a nadar; estábamos solos, un río magnífico para nosotros. Ahora seguimos teniendo el monopolio, pero ya no nos sirve: hay una capa de grasa y de mierda de las industrias montadas en la orilla, que hacen que progreseemos. En los clubs elegantes se juega al tenis y al bridge, y se consumen al atardecer hermosos whiskys y hermosos bocadillos de carne que elevan convenientemente la tensión arterial. No hay alcalde y nadie quiere serlo. La radio grita durante toda la eternidad: "Lavadora Bru, Lavadora Bru, Lavadora Bru". En la divertida Librería Internacional de Lorenzo Blanco se desbarra platónicamente mañana y tarde, mientras ve uno el leterito "210 pesetas" en cualquier libro importado de Buenos Aires. El 80 por ciento de sevillanos gimen de "angst" porque todavía no poseen los aparatos cromados que les incrusta en el cerebro la publicidad y el otro 20 por ciento se aburre por tenerlos en casa. Y las iglesias románicas

16 TEXTO DE UNA CARTA DE IGNACIO DARNAUDE A ILSA BAREA, VIUDA DE ARTURO BAREA ("LA FORJA DE UN REBELDE"), EN LOS AÑOS 50.

siguen quemadas y se dice que el Generalísimo va a vivir al Alcázar.

"Adelante, pues.

"Isabel, mortal como siempre. Si no la mato me acompañará el martes.

"Un abrazo de

Enrique"



La leí dos veces y luego la rompí. Durante tantas semanas había cerrado el piso, vendido los muebles, liquidado los asuntos de Rafael. Me parecía que no iba a poder recobrar me de mi cansancio.

Explicqué a Herminia que no tenía apetito y pe necí tendida sobre la cama. Poco a poco, me entró el sopor invencible. La ventana seguía abierta y, me en sueños, oí reír y gritar a los niños, mientras pe conciencia de las cosas y las sienas me zumbaban.

*

Rafael vino a buscarme a las diez en punto. Málaga había ido al peluquero y al gimnasio y, co cabello ondeado y las mejillas frescas, lo encontré jo y casi atractivo. Yo había pasado también más de horas acicalándome y, al vernos a los dos en el esp reí de nuestra coquetería.

Habíamos llegado a una edad en que el organi empieza a hacerse sentir como un fardo y es pre tomar cuenta de él para los actos más insignifica de la vida diaria. Nuestro aspecto no había cambiado davía pero, mantenerlo, nos exigía un esfuerzo conti y, tanto Rafael como yo, lo ocultábamos. Ya no nos posible comer chanquetes fritos con mal aceite, ni dor sobre un colchón en el suelo, ni mezclar alegremente bebidas, como antes. Lo intentamos una vez en París

ILSA ERA LA TRADUCTORA AL DE LAS NOVELAS DE JUAN GOYTISOLO.

IGNACIO

IGNACIO DARNAUDE ROJAS-MARCOS
CABEZA DEL REY DON PEDRO, 9 (2º B)
41004 - SEVILLA

1 Noviembre 1990

Señor Don Juan Goytisolo
33, rue Poissonnière
75002 - Paris



Querido Juan:

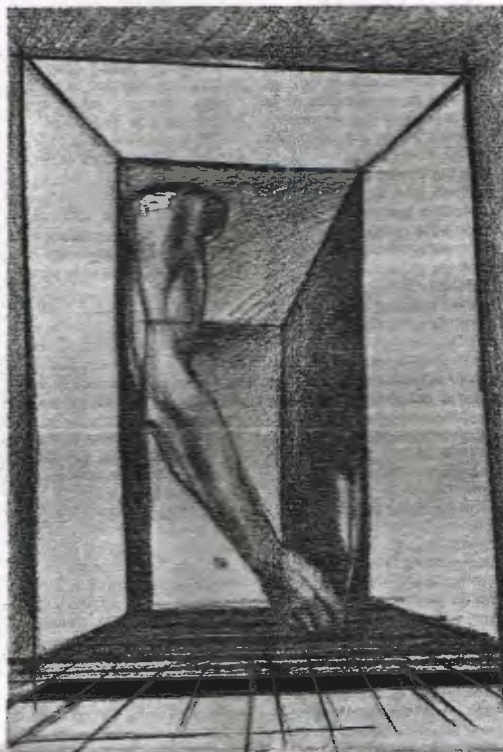
Hombre, que de verdad nosepuéaguantá, tío, tu pedazo de artículo en "El País" de hace un sábado. París bien valía tan opulenta mis cantada con sinfónicas palabras, palabras, palabras.... Un esplendoroso festín semántico, tan tenso y brillante que haría palidecer a nuestros más hábiles hacedores de recuadros de prensa, Burgess, García Márquez, Jesús Aguirre, Cabrera Infante. La relampeante épica de la eterna Ciudad-Luz mitificada va a hacer medio siglo por la influyente marabunta sartriana, que ahora invadida por los nuevos tártaros y mogoles del cono norte africano, que están arrasando con histórica ineluctabilidad la urbe ya irreal visualizada con el prisma de Villon, Rabelais o los existencialistas. Nos estaba haciendo falta una crónica que rebautizara al París esfumado del hermoso recuerdo, tras resultar devorado durante décadas por el Londres de las tiendas y limousines Daimler. Te habrá costado un puñado de horas de alta concentración exponer en un lenguaje tan hermoso y complejo el redescubrimiento del París transpostmoderno, la novísima capital de la ex-grandeur de la France, la que acogió a los impresionistas, a la polifacética inmigración de los trabajadores del arte, luego a los vitales desesperacionistas que tanto nos emocionaban en el Cafe de Flore, una metrópolis que ya no es tan nuestra, aquélla de las elites privilegiadas que se deleitaban dejándose mirar en la rive gauche, ahora tomada por hordas de piel tostada que la harán más ingobernable que las 2.000 variedades de quesos a las que se refirió el general De Gaulle, ido también a las catacumbas del olvido. De acuerdo en que ya no contemplamos aquel París que se nos fue, con su esplendor intelectual espejo de la cultura europea, que desembocó en el ambiguo y luminoso Mayo del 68. El problema que tú has atacado, y no sabemos si resoluble, es redefinir al París de los noventa, desdibujado sin Jean Paul ni Simone, todavía la megápolis del poder mental y los paradigmas de la cultura, que ensimismada en las tardoglorias del pasado se ha dejado arrebatarse la capitalidad del mundo. ¿Qué nos queda del París que nos hacía retremblar?. ¿Lograrán reconstruir su diluida grandeza las afrotribus importadas?. ¿Sabrá el Islam echarle la pata a Descartes?. Y a lo que iba: nos ha producido un fecundo placer tu pieza maestra de técnica periodística, pergeñada, se nota, con pasión y amor intrapirenaicos que los exilios no han vuelto "light". Media página perfecta, Juan. Por si no fueras ciudadano del mundo lo mereces ser de París, cuya legión de honor portas si no en la solapa en el corazón. Y que los lectores discriminamos, no comulgamos con tanto gato por liebre, nos maravilla tropezar con una perla en la hojarasca impresa. Nos has regalado unas columnas de calidad sencillamente parisinas. París, ese bello ser colectivo, y nosotros, sus amantes, te lo agradecemos deslumbrados con un abrazo



IGNACIO

JUAN GOYTISOLO

París, ¿capital del siglo XXI?



JUSTO BARBOZA

Cuentan las crónicas, que al divulgarse la moda del existencialismo, un goteo continuo de escritores y curiosos procedentes de media Europa en ruinas destilaba en el Café de Flore para descubrir una ausencia y contemplarse a sí mismos: la pareja formada por Sartre y Simone de Beauvoir había abandonado hacia tiempo el templo de su escritura a una patulea de curiosos y seudodiscípulos.

La anécdota resume, a mi entender, lo ocurrido en la pasada década a numerosos intelectuales en ciernes y novicios de la pluma cuando, desde las cinco partes del mundo esta vez, acudían a la irresistible llamada de París, imantados por el poder convocador de unos nombres que desaparecían paulatinamente del cartel anunciador de su escena: tras los Camus, Merleau-Ponty, Céline, Malraux, muertos en los decenios precedentes, los ochenta barriaron despiadadamente a las estrellas del firmamento intelectual y literario que convertía a la ciudad en la metrópoli cultural por excelencia —Sartre, Barthes, Genet, Foucault, Char, Michaux, Lacan, etcétera— sin que el vacío creado por estas pérdidas fuera colmado con la emergencia de otras figuras de su misma talla e irradiación. De nuevo —y ahora en mayor escala—, quienes se habían instalado en ese islote urbano de unos pocos kilómetros cuadrados cortado en dos por el Sena examinaban desilusionados la escena y acababan por mirarse unos a otros y reconocerse entre sí. Los supervivientes de la gran época y los escasos autores de vanguardia de las nuevas generaciones huían de las luces de la capital y se refugiaban en el anonimato voluntario de la periferia. Y como en el Café de Flore 30 años antes, una barahúnda de escritores ambiciosos y mediocres ocupaba el gran escaparate de la vida cultural parisense, aupándose unos a otros o compitiendo ferrozmente entre sí en la arrebatiña anual de los premios y danza de los millones, prodigándose hasta el empalago en las mesas redondas y entrevistas televisadas, cubriendo a fuerza de gesticulaciones y raudos abaniquos de plumas el ámbito destartado y mercantil en el que desmedra la literatura francesa contemporánea.

Cuando los personajes de

una obra teatral se retiran del escenario, el público sentado en platea carraspea y bosteza o centra su interés en el espacio material en el que se desenvuelve la trama: el decorado que sirve de fondo a la vida, acciones y sueños de los héroes objeto de su envidia y admiración. Vacío de sus actores, París, el texto urbano de París, recupera entonces el protagonismo que unas figurillas inconsistentes y efímeras aspiran a arrebatarle. Los espectadores, al menos aquellos que buscaban en él un estímulo creador, descubren poco a poco que la vana agitación de un mundillo que se devora sin cesar a sí mismo o se eclipsa como tragado por una

trampa no vale gran cosa comparado con la admirable energía de la ciudad que le sirve de marco: no de la acartonada Ville Lumière ni del ámbito intelectualmente prestigioso de Saint-Germain-des-Prés, Montparnasse y el Quartier Latin, sino de los barrios populares, sin aureola artística alguna, en donde se desenvuelven nuevas formas de vida, nuevas propuestas de experiencia literaria y social, nuevos textos urbanos.

Los escritores extranjeros que desde hace más de un siglo se instalaron temporal o definitivamente en la ciudad buscan no sólo una relación enriquecedora con sus colegas parisenses, sino también la manera

de embeberse del espíritu de unos distritos de gran tradición literaria en los que la concentración de plumas de renombre y cabezas pensantes por kilómetro cuadrado era probablemente la mayor del mundo. Tras Gertrude Stein y los autores de la *generación perdida* —con sus ya clásicas evocaciones de un París refinado y culto, pulcro y acicalado, circunscrito de ordinario a los barrios distinguidos de la Rive Gauche— vinieron los latinoamericanos del *boom*, cuyos héroes se cruzaban en L'Étoile con los modelos literarios de Proust, como en una conocida novela de Carpentier, o frecuentaban un universo bohemio de artistas, exiliados políticos y asiduos de los cafés en boga, como el Oliveira de Cortázar. Los protagonistas de otros exilios más duros, como el español y el ruso, no produjeron obras maestras ni alcanzaron la celebridad de quienes se rindieron a la fuerza avasalladora del mito. Pues el París descrito en las obras de sus huéspedes extranjeros es, en efecto, el concebido y trazado por Haussmann: bulevares, amplias aceras, espacios vastos, elegantes galerías cubiertas, lugares todos ellos de los que el pueblo llano fue barrido a escobazos en virtud de consideraciones estratégicas y decretos expropiadores por razones de embellecimiento. La arquitectura conminatoria y grave del Segundo Imperio, un urbanismo destinado al control y vigilancia de la muchedumbre hacinada en las calles estrechas pero rebosantes de vida de los barrios pobres —convertidos en verdaderos núcleos autónomos dentro del protoplasma de la nueva ciudad—, transformaron en unos pocos años la capital promiscua, espontánea, fecunda, pintada desde Rabelais a los cronistas de la Revolución Francesa, en un territorio visiblemente burgués, un cambio del que su mejor y más elocuente testigo sería la poesía baudelaireana.

Los anales de la vida parisense anteriores a Haussmann —con su evocación de la mescolanza, escenas callejeras, hormigueo humano de los mercados— concuerdan de manera asombrosa con la actual experiencia urbana de algunos barrios, para mí familiares, de Marraquech o El Cairo. El poder no había rotulado las calles, numerado las casas ni estable-

cido el censo de los habitantes: la vida diaria obedecía a una improvisación generosa y anárquica; el espacio público se confundía con el privado; todo ocurría a la vista del público y continuamente ocurría algo. Las necesidades de la nueva burguesía y sus aspiraciones a un ámbito exclusivo provocaron complejas operaciones de limpieza y saneamiento: creación de áreas despejadas y zonas de paseo o esparcimiento, expulsiones masivas de pobres y *éléments associés* a los guetos que Zola debía retratar más tarde. El nuevo orden urbanístico no tardó en suscitar sus cronistas y bardos, en imponer y eclipsar, literariamente hablando, al que había sido circuido de anchurosas avenidas o empujado a los arrabales. El brillo del París cosmopolita y culto, con sus exposiciones universales y símbolos magníficos de su poder atrajo así a un babel de escritores en busca de inspiración y acicate. Sus glorias literarias y filosóficas —ficticias o reales— formaban parte de su rica panoplia, figuraban en el repertorio de sus tesoros y bienes, del mismo modo que sus museos, monumentos y estatuas. En uno de sus lúcidos ensayos sobre Baudelaire, Walter Benjamin cita una guía ilustrada de 1852, de la que espiga una significativa referencia a los pasajes o galerías cubiertas, definidos en ella como un "mundo elegante" y "en miniatura". El hecho de que un siglo y pico después el más famoso de aquéllos, el Passage des Panoramas, fascinara al héroe de Cortázar prueba la vigencia y magnetismo en el ámbito literario de un modelo de urbanismo cuyos orígenes fueron manifestamente clasistas. Si el "laberinto es la patria del que vacila", como dice con agudeza Benjamin, el espacio ideal del *animal urbano* de Baudelaire sería hoy más bien la amalgama de gentes y superposición de planos de los barrios parisenses permeables a la espontaneidad creadora de la medina.

La referencia al autor de *Las flores del mal* y al de *París, capital del siglo XIX*, resulta aquí a todas luces indispensable. Si Baudelaire fue tal vez el primero en captar la esencia de la modernidad en la agitación y bullucio del tráfico parisense, el choque seminal de costumbres opuestas, la identificación del

Pasa a la página siguiente

Viene de la página anterior

comportamiento egoísta del hombre en medio de la multitud con el del animal depredador en busca de presa, la visión de la ciudad como selva, el sentimiento de precariedad inherente a la gran urbe, el esplendor y fragilidad de la misma puestos de relieve por el cataclismo renovador de la burguesía, la concepción profética y amenazadora de un mundo sobre el que planea la inminencia de la catástrofe, ello se debe al conjunto extraordinario de circunstancias que configuraron su experiencia social y artística. La aceleración vertiginosa de los cambios en el paisaje parisiense reducía las cosas a meras imágenes del recuerdo: todo concurría a subrayar la caducidad del presente y la incertidumbre del porvenir en un universo de zumbido y de furia próximo al de Sade y al del autor de *La Celestina*. Pero dejemos la palabra a Baudelaire, a su texto consagrado al pintor Charles Meyron, cuya trascendencia no escapó a Benjamin:

"Rara vez he visto representada con mayor poesía la soledad natural de una ciudad inmensa. La majestad de la piedra acumulada, los campanarios que apuntan el dedo al cielo, los obeliscos de la industria vomitando sus coaliciones de humo contra el firmamento, los prodigiosos andamios de los monumentos en restauración, aplicando al cuerpo sólido de la arquitectura su arquitectura fugaz de belleza tan paradójica, el cielo tumultuoso cargado de cólera y de rencor, la profundidad de las perspectivas acrecentada por la idea de todos los dramas que abarca, ninguno de los elementos de composición que decoran el triste y glorioso decorado de la civilización había sido olvidado".

Volvamos al presente, esto es, a lo acaecido en los últimos 30 años, cuando el nimbo de París como metrópoli de la modernidad se engalanaba con una lista impresionante de hombres famosos en el campo del pensamiento, las letras y las artes. Quienes acudimos como faleñas al brillo de la ciudad luz huyendo de la opresión política y mediocridad cultural reinantes

París, ¿capital del siglo XXI?

En las últimas décadas Paris ha gozado de una oportunidad de admirar y aun de codiciar con los grandes actores del escenario cultural del que estos eran parte integrante. Pues no lo olvidemos: se venía a París no sólo para visitar el Louvre, gozar del panorama de la torre Eiffel y el arco del Triunfo, recorrer los barrios de solera como Saint-Germain-des-Près y Montparnasse, asistir a las innumerables exposiciones y acontecimientos teatrales, atravesarse de filmes en la cinematografía, sino también con la esperanza de entrevistar a Cocteau o a Sartre. Captivados por la riqueza y majestad del cuadro, nos detuvimos a contemplarlo desde una especie de presente intemporal, no como Baudelaire, desde la perspectiva desestabilizadora del cambio. Las ciudades consagradas a París centraban su atención en los elementos y espacios de la metrópoli grandiosa diseñada por Haussmann, sin advertir la existencia dentro de ella de núcleos heteroclitos inasimilables ni la acción emprendida por el poder y los especuladores del suelo para eliminarlos en nombre de la higiene y el buen gusto. Durante los mandatos presidenciales de De Gaulle, Pompidou y Giscard, la empresa renovadora del Segundo Imperio prosiguió con nuevos bríos: barrios enteros, tildados de insalubres y vetustos, desaparecieron para ceder paso a complejos culturales *new look*, como el Centre Pompidou, o supuestamente clásicos, como Les Halles. Áreas hormigueantes de vida llenas de estímulo para el nuevo espécimen de animal urbano formado por la vivencia y percepción simultáneas de diferentes culturas y planos fueron sustituidas por zonas adecentadas y pulcras, de acuerdo a los ideales reguladores de una concepción arquitectónica espectacular y a un urbanismo de fachada sin que ningún Baudelaire, extranjero o francés, elevara la voz y

transmutara el cataclismo en canto. Curiosamente, la cruzada emprendida por Chirac contra los distritos heterogéneos en donde se gestan precisamente nuevas formas de vida pluricultural y de experiencia urbana preparaba el terreno a la gran exhibición teatral del bicentenario y la metamorfosis de la metrópoli en un escenario inmenso pero de nuevo, para volver al ejemplo del Flore, irrisoriamente vacío. La cultura, esa cultura reivindicada por Elie Faure, "que no brota de los sistemas, ni de los concibos, ni de los dogmas, sino de las entrañas de la vida en creación y movimiento", se había ido con el espíritu creador a otra parte.

La nueva *casa común europea* diseñada por los políticos se convertirá en una realidad dentro de poco, y los dirigentes de la Comunidad deberán decidir pronto si su territorio será culturalmente homogéneo, esto es, un coto reservado a los ciudadanos de los países miembros del club, como preconizan los europeístas a ultranza, o bien abierto a la dinámica y variedad cultural del mundo moderno. En otras palabras: escoger entre un proyecto conservador, fundado en una visión estática de Europa como monumento y *sumum* de la civilización y orientado a una gestión prudente de su patrimonio, y otro articulado a partir del cambio y la conciencia de la caducidad concomitante a lo moderno; al hecho de saber que la cultura no puede ser hoy exclusivamente francesa, inglesa, alemana, ni siquiera europea, sino plural, mestiza y bastarda, fruto del intercambio y la ósmosis, fecundada por el contacto con mujeres y hombres pertenecientes a horizontes lejanos y diversos. Una ciudad como París es el *crisis* ideal de dicho proyecto a condición de poseer los dones prácticos de Baudelaire y asumir con audacia su visión incierta de la modernidad.

La extraordinaria rapidez de los medios de comunicación ha atomado las culturas unas a otras y ha convertido la distancia en provechosa inmediatez. Los pasajes contiguos a la Rue de Faubourg Saint-Denis o a la Place du Caire son un ejemplo

fulgurante de las colisiones espacio-temporales provocadas por la llegada de comunidades laboriosas enteramente distintas de aquellas para las que fueron concebidos: elementos decorativos estilo Segundo Imperio y aromas de cocina turca o paquistaní. Cuando hace unos años intenté condensar y dar forma al cúmulo de experiencias producto de mi larga residencia en el barrio del Sentier, había asimilado ya de manera más o menos consciente la lección baudelaireana y descifrado un texto urbano, rico en componentes alogenos, con la ayuda inapreciable de Benjamin:

"El hormigueo de la calle, su frondosidad creadora, le procuran diariamente (al héroe) un espectáculo continuo, variado y gratuito. En la Rue d'Aboukir o en la Place du Caire, como en la Porte de Clignancourt o la Goutte-d'Or, saborea la presencia fluida e incesante del gentío, su movilidad desordenada, su diáspora febril por la rosa de los vientos. La paulatina deseurización de la ciudad —la emergencia de zocos y *hamams*, venta ambulante de tótems y collares, pintados en árabe y turco— le colma de regocijo. La complejidad del ámbito urbano —ese territorio denso y cambiante, irreductible a la lógica y programación— invita a cada paso a trayectos versátiles que tejen y destejen, lienzo de Penélope, una misteriosa lección de topografía. Los modestos islotes de la difunta expansión económica han traído con ellos los elementos e ingredientes necesarios a la irreversible contaminación de la urbe: aromas, colores, gestos, un halo de amenaza próxima. Nuestro excéntrico personaje ha advertido que no es necesario coger el avión de Estambul o Marrakech en busca de exotismo: basta con salir a estirar las piernas para topar inevitablemente con él. La transparencia y brutalidad de las relaciones sociales del Sentier, su creciente confusión de lo público y lo privado, configuran lentamente un mapa de la futura ciudad bastarda que será al mismo tiempo el mapa de su propia vida. Los cartones y barajas con que los trileros de Xemaá el

Fna sonsacan los cuartos a los incautos han bajado desde Barbès a las aceras del bulevar y se extienden poco a poco, como una plaga, por los barrios concurrenciosos por el gran mundo. La megalópolis moderna vive ya a la hora de Bizancio: con un poco de suerte, se dice, llegará el día en que los verá confluír por los tentáculos de l'Étoile hasta los pies del sacratísimo arco de Triunfo".

Si el escenario oficial de París carece de nuevos alicientes fuera de la permanente exhibición de su colosal patrimonio, ello obedece al hecho de que al reivindicar su papel de faro de la civilización, su propuesta cultural se ha trasladado a otro campo: el defecto de los escasos pero auténticos creadores a su cultura de escaparate es un síntoma del cambio operado en los últimos años y de la búsqueda a tientas de una expresión literaria intercontinental y mestiza, fecundada por los aportes de un mundo sin fronteras al ámbito privilegiado de la ciudad. París, no el de los monumentos grandiosos y barrios serenos para turistas, jubilados y viudas de guerra, sino el de la convivencia seminal de culturas y etnias —precario y constantemente amenazado por el chovinismo eurocentrista excluyente y el piquete destructor de la homogeneización al servicio de los promotores inmobiliarios—, invita en efecto a la creación de textos urbanos políglotos y abigarrados en los que la conjunción de elementos diacrónicos y sincrónicos, musicalidad y polifonía, no serán ya meros ingredientes de una propuesta artística, sino de una experiencia vital y única de la modernidad. "¿Quién de nosotros", escribió Baudelaire, "no ha soñado en sus días de ambición en el milagro de una prosa poética, musical sin ritmo y sin rima, lo suficientemente flexible y contrastada para adaptarse a los movimientos líricos del alma, a las ondulaciones del ensueño, a los sobresaltos de la conciencia? Es sobre todo la frecuentación de las ciudades enormes, del cruce de sus innumerables conexiones, de donde nace este ideal obsesivo".

Juan Goytisolo es escritor.

CARTAS AL DIRECTOR

Viene de la página anterior
más, autobuses salidos desde Burgos, Logroño, Zaragoza y Valladolid.

No se retornó a Quintana-

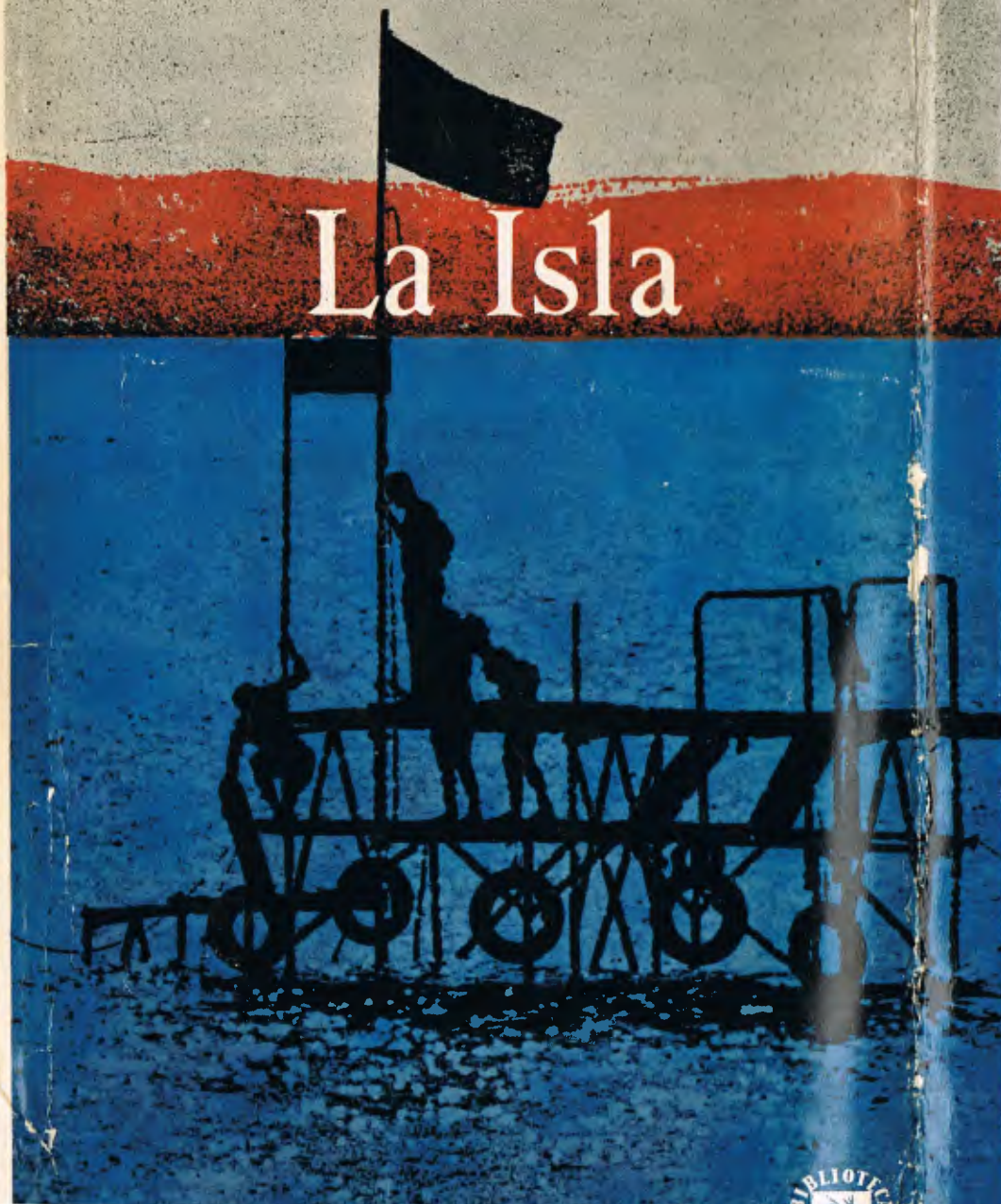
¿Cómo puede, en fin, tener tan tibia cara dura?— Manuel Díez, Madrid.

daño moral y material que les infligía —sin previa solicitud de los afectados—, les promueve al empleo de capitanes honoríficos).
La Ley 84/1965, de 17 de julio

Pueblo. Por la vía parlamentaria, en virtud de que tanto la Ley 28/1963 como la Ley 84/1965 han sido derogadas (la última, modificada por la Ley 2/1976, de 2 de

Juan Goytisolo

La Isla



Juan Goytisolo nació en Barcelona en 1931. Realizó sus estudios en las Universidades de Barcelona y Madrid. Actualmente reside en París. Su primera novela, *Juegos de manos*, apareció en 1954. Posteriormente ha publicado *Duelo en el paraíso* (1955), *Fiestas* (1957), *La resaca* (1958), *Problemas de la novela* (1959), *Para vivir aquí* (1960) y *Campos de Níjar* (1960).

En LA ISLA, a través del relato de Claudia, una mujer del sur residente en el extranjero que vuelve a la costa de Málaga a pasar unas vacaciones con su marido —con el que no forma ya más que una pareja aparente—, se abre ante el lector el abanico de relaciones, pequeños dramas y cómodas angustias de una sociedad cosmopolita, cínica y viciosa, de una sociedad que practica el hedonismo y la “dolce vita” incrustada en una de las zonas más pobres y doloridas de la costa mediterránea española. Pero los personajes no son juzgados, aparecen en estas páginas con todo el relieve de su complejidad humana y moral, de su ternura, de su angustia y de su cinismo, recortando su ocio y sus aventuras sobre uno de los paisajes más luminosos de España, magistralmente incorporado a la acción del libro. LA ISLA ha sido ya traducida al francés (*Cronique d'une île*) y está en curso de traducción al inglés (Gran Bretaña y EE UU.), italiano, alemán, danés, sueco y holandés.

Juan Goytisolo

La Isla

Seix Barral
1964





Juan Goytisolo nació en Barcelona en 1931. Realizó sus estudios en las Universidades de Barcelona y Madrid. Actualmente reside en París.

Su primera novela, Juegos de manos, apareció en 1954. Posteriormente ha publicado Duelo en el paraíso (1955), Fiestas (1957), La resaca (1958), Problemas de la novela (1959), Para vivir aquí (1960) y Campos de Níjar (1960).

En LA ISLA, a través del relato de Claudia, una mujer del sur residente en el extranjero que vuelve a la costa de Málaga a pasar unas vacaciones con su marido —con el que no forma ya más que una pareja aparente—, se abre ante el lector el abanico de relaciones, pequeños dramas y cómodas angustias de una sociedad cosmopolita, cínica y viciosa, de una sociedad que practica el hedonismo y la «dolce vita» incrustada en una de las zonas más pobres y doloridas de la costa mediterránea española. Pero los personajes no son juzgados, comparecen en estas páginas con todo el relieve de su complejidad humana y moral, de su ternura, de su angustia y de su cinismo, recortando su ocio y sus aventuras sobre uno de los paisajes más luminosos de España, magistralmente incorporado a la acción del libro.

LA ISLA ha sido ya traducida al francés (*Cronique d'une île*) y está en curso de traducción al inglés (Gran Bretaña y EE.UU.), italiano, alemán, danés, sueco y holandés.

